

NEW LEFT REVIEW 131

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2021

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK	Elecciones alemanas	7
SUJATHA GIDIA Y ALAN HORN	Raza, casta, clase	19
MIKE WAYNE	Hojas de ruta para después de Corbyn	43
J. X. ZHANG	El barrito del elefante	77
FRANCO MORETTI	Una nueva intuición	97
ADRIAN GRAMA	¿Antídotos contra la alienación?	109

CRÍTICA

TOM HAZELDINE	Transformatrix	132
RYAN RUBY	La privatización de los grandes relatos	142
RICHARD SEYMOUR	Modelos para la ralentización	158

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



SUJATHA GIDLA Y ALAN HORN

CASTA, RAZA Y CLASE

POCOS PUEDEN DUDAR hoy día de la centralidad que sigue teniendo en la sociedad estadounidense la división que se impone en nombre de la raza. La violencia policial sufrida rutinariamente por la población negra en Estados Unidos se ha hecho cada vez más visible gracias a los vídeos de los teléfonos móviles y las redes sociales. Los nombres de los asesinados y asesinadas por la policía estadounidense durante los últimos años en todo el país (Eric Garner en Nueva York, Breonna Taylor en Kentucky, Jacob Blake en Wisconsin, Rayshard Brooks en Atlanta, Freddie Gray en Baltimore, Rekia Boyd en Chicago, George Floyd en Minneapolis, por nombrar solo algunos) se hallan presentes con frecuencia en los carteles de las protestas impulsadas por las comunidades de la clase trabajadora.

Sin embargo, pese a la importancia ineludible de la línea de color en Estados Unidos, su fundamento es curiosamente esquivo. La raza, no hace falta decirlo, no es una clasificación biológica. Incluso cuando se considera como una categoría sociocultural, no puede dar cuenta de las formas persistentes de opresión y exclusión que afrontan los afroamericanos y afroamericanas, a diferencia de otros grupos, como queda ilustrado por la famosa anécdota contada por Malcolm X, entre otros, de un amigo de piel oscura que se puso un turbante y se sentó a comer en un restaurante segregado de Atlanta, siendo debidamente servido. El color por sí solo no era el problema. Sea o no cierta esta historia, la mera posibilidad de que tal truco funcione apunta a un aspecto de la identidad afroamericana que va más allá de los marcadores físicos de la «raza» o de la ascendencia étnica considerados aisladamente.

El racismo antinegro en Estados Unidos tampoco es una forma de xenofobia, como podría decirse de los prejuicios manifestados contra los inmigrantes en Europa. La forma estadounidense se mitiga, no se agrava, por los signos de procedencia extranjera. Malcolm X, por ejemplo, hizo de ese principio la base de su filosofía política. De su compromiso original con el falso exotismo de la secta Nación del Islam al panafricanismo de sus últimos años, trató de elevar a los estadounidenses negros en general al estatus de africanos visitantes. Como parte de ese proyecto llamó, al igual que varios líderes negros antes y después de él, al reconocimiento de su pueblo como una nacionalidad oprimida. Pero la gente negra en Estados Unidos no constituye una nación. No tiene un territorio ni una vida económica propia; la cultura negra es arquetípicamente estadounidense. Aunque algunos se hayan sentido atraídos por los movimientos nacionalistas, la gran mayoría de los negros han aspirado, no a separarse, sino a integrarse.

La nación no es el único tipo de comunidad a la que los afroamericanos han sido adscritos. En los últimos años ha pasado a primer plano la noción de «casta» por analogía con la posición de los «intocables» en la India. En 2002 el sociólogo de Berkeley Loïc Wacquant describió la esclavitud, el sistema de Jim Crow, el gueto septentrional y el sistema penitenciario como instrumentos sucesivos para apuntalar un sistema de «castas raciales», que combina la explotación de la mano de obra con el ostracismo social. Basándose en el trabajo de Wacquant, la defensora de los derechos civiles Michelle Alexander también presentó en *The New Jim Crow* el encarcelamiento masivo de los afroamericanos como la reencarnación de un sistema de castas raciales¹. Al mismo tiempo, la escritora de *The New York Times* Isabel Wilkerson escribió sobre el sistema de castas sureño en su libro *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration* (2010), que estudia la Gran Migración de la población afroamericana acaecida, con distintas intensidades, entre 1915 y 1970 desde los estados meridionales hacia los estados del medio oeste, nordeste y oeste del país. Wilkerson ha publicado ahora una elaboración teórica en toda regla en *Caste: The Origins of Our Discontents* (2020), un éxito de ventas de quinientas páginas que ha estado en las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos el pasado año². Dados estos

¹ Loïc Wacquant, «De la esclavitud al encarcelamiento masivo. Análisis de la «cuestión racial» en Estados Unidos», *NLR* 13, marzo-abril de 2002; Michelle Alexander, *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colourblindness*, Nueva York, 2010.

² Isabel Wilkerson, *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*, Nueva York, 2010; Isabel Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents*, Nueva York, 2020.

importantes esfuerzos de desplegar la terminología de la casta para definir la situación de los negros estadounidenses, puede ser útil revisar su historia y considerar las lecciones que podrían extraerse de ella para abordar futuros intentos de caracterización.

Teoría estadounidense de las castas

Aunque suene novedoso hoy en día, existe una larga historia de caracterización de los afroamericanos como casta. A mediados del siglo XIX, el término era de uso habitual entre los defensores de los derechos de los negros como Charles Sumner, William Lloyd Garrison y Frederick Douglass. En aquella época revolucionaria había razones para esperar que la opresión negra fuera barrida junto con la esclavitud personal. Al llamarlos «casta», por analogía con el sistema de castas vigente en la India, los negros eran definidos como extranjeros, retrógrados, anticuados. En la década de 1930, el término fue resucitado en las ciencias sociales estadounidenses por la «escuela de las castas de las relaciones raciales» centrada en las Universidades de Chicago y Yale. Por entonces, las estructuras de segregación de Jim Crow parecían tan estables e invariables como se pensaba que lo era el sistema indio. En ese nuevo contexto, la analogía entre ambos sistemas podía sugerir que el modo de vida sureño era capaz de resistir indefinidamente a los intentos de cambio. Robert E. Park, el decano de la sociología urbana de Chicago, escribió en 1937: «La esclavitud ha muerto y nadie la defiende ahora. Pero la casta permanece y sigue siendo una parte del orden tan natural y esperada que poca gente en el Sur se cuestiona su derecho a existir o discute su función»³.

Los colegas de Park en Chicago no llegaron a descartar la posibilidad de reforma, pero entendían la segregación como un hecho, un punto de vista conceptualmente apoyado por la terminología de la casta. Un ejemplo de ello fue *Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class* (1941) de Allison Davis, Burleigh Gardner y Mary Gardner, supervisado por William Lloyd Warner. Junto con su esposa Elizabeth, Davis emprendió un valiente trabajo de campo en una pequeña ciudad de Misisipi en la década de 1930⁴. Descubrieron que, aunque los negros eran socialmente inferiores a los blancos como grupo, las personas negras podían

³ Robert Park, «Introduction» a Bertram Wilbur Doyle, *The Etiquette of Race Relations in the South* [Chicago, 1937], Nueva York, 1970, p. xxviii.

⁴ Para un estudio biográfico reciente, véase David Varel, *The Lost Black Scholar: Resurrecting Allison Davis in American Social Thought*, Chicago, 2018.

mejorar individualmente hasta cierto punto su posición de clase. Si se ayudara a más negros a hacerlo, argumentaban Warner y Davis, las dos comunidades podrían alcanzar la paridad en estatus y oportunidades sin cuestionar el marco «separados pero iguales», que era la piedra angular legal del sistema de segregación de Jim Crow. Estos autores propugnaban que las reglas que gobernaban la separación fueran aplicadas por ambos grupos. Como decía Davis, «para aprender y mantener el adecuado comportamiento de casta, un individuo del grupo negro o blanco debe ser recompensado por la aprobación y aceptación de su casta»⁵.

Durante la siguiente década, Warner, Davis y sus colaboradores acumularon gran cantidad de datos sobre las condiciones sociales de los afroamericanos. El sociólogo sueco Gunnar Myrdal se basó en ese material, junto con su concepto de un sistema estadounidense de castas raciales, para escribir *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1944), el megaestudio financiado por la Carnegie Corporation, que se convirtió en un éxito de ventas. Para Myrdal, como para los sociólogos de Chicago, el concepto de casta servía para oscurecer las divisiones de clase y consagraba el *statu quo* racista como un dato irreversible que debía ser aceptado. Pero allí donde Warner y Davis presentaban la línea de color como un sistema que actuaba autónomamente, Myrdal identificaba tras él un interés, el de los «blancos de clase baja» que, a diferencia de las clases media y alta, competían con la mano de obra negra. La «lucha de castas» servía para explicar la realidad social estadounidense más profundamente que la lucha de clases; los intereses de casta de los trabajadores blancos los empujaba a violar el principio de igualdad de oportunidades sobre el que supuestamente se basaba la sociedad estadounidense⁶. «En Estados Unidos –comentó Myrdal un cuarto de siglo más tarde– los verdaderos antagonistas son los blancos pobres y los negros»⁷.

La terminología de la casta fue fuertemente criticada en aquel momento por algunos de los antiguos investigadores próximos a Warner y Davis,

⁵ William Lloyd Warner, «American Caste and Class», *American Journal of Sociology*, vol. 42, núm. 2, 1936, p. 235; W. Lloyd Warner y Allison Davis, «A Comparative Study of American Caste», en Edgar Thompson (ed.), *Race Relations and the Race Problem*, Durham (NC), 1939, p. 245; Allison Davis, «Caste, Economy and Violence», *American Journal of Sociology*, vol. 51, núm. 1, 1945, pp. 8-9.

⁶ Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, Nueva York, 1944, pp. 676, 597.

⁷ Gunnar Myrdal, «Analogues and Homologues of Caste Systems: Discussion», en Anthony De Reuck y Julie Knight (eds.), *Caste and Race: Comparative Approaches*, Boston (MA), 1967, pp. 74-91.

incluidos Franklin Frazier y Charles Johnson, y muy en particular, como veremos, por el estudioso marxista negro Oliver Cox⁸. Cayó en desuso desde mediados de la década de 1950 hasta finales de la de 1970, que constituyó un segundo periodo de avance para los derechos de la población negra. Asociar a los afroamericanos con un rígido sistema milenario no se ajustaba al objetivo de integración liberal que pretendía el movimiento por los Derechos Civiles. Cuando los límites de ese proyecto se hicieron evidentes a finales de la década de 1960, los militantes negros prefirieron comparar su lucha con la de los movimientos antiimperialistas en ascenso, que sacudían el dominio blanco en Asia, África y Oriente Próximo. El regreso de la «casta» en la década de 2010 marcó otro periodo de derrota, cuyo sello distintivo ha sido el encarcelamiento desproporcionado de los negros en el hipertrofiado sistema penal estadounidense, que Alexander denominó *The New Jim Crow*. El regreso de la noción de casta en Estados Unidos reflejaba la creciente desesperación ante la perspectiva de la integración.

Éxito internacional

Éste es el contexto en el que *Caste: The Origins of Our Discontents* de Isabel Wilkerson —libro aclamado por Oprah en su inimitable estilo como «Magnífico. Profundo. Perspicaz. Sobrio. Esperanzador»— se ha convertido en un gran éxito de ventas internacional. Vale la pena preguntarse qué se propone *Caste* y cómo se relaciona con estas tradiciones anteriores. La propia Wilkerson es una periodista consumada, capaz de escribir tanto celebraciones deslumbrantes del mundo de la moda como relatos elocuentes de las luchas de los negros pobres. Nacida en Washington DC en 1961, proviene de una familia negra de clase media, habiendo sido su padre ingeniero civil y expiloto del Instituto de Tuskegee (Alabama); sus padres se conocieron mientras ambos estudiaban en la Universidad de Howard. Después de cursar estudios en la Theodore Roosevelt High School, una escuela para hijos de diplomáticos, Wilkerson también se graduó en Howard, donde editaba la revista universitaria. Se incorporó a *Los Angeles Times* y a *The Washington Post* antes de unirse a *The New York Times*, donde se elevó de reportera metropolitana a corresponsal nacional de la oficina de Chicago en tan solo seis años. A los 33 años ganó un premio Pulitzer por su conmovedor perfil de un estudiante de diez años de cuarto grado del South Side de Chicago, que se esforzaba por mantener a sus hermanos en la escuela.

⁸ Daniel Immerwahr, «Caste or Colony?: Indianizing Race in the United States», *Modern Intellectual History*, vol. 4, núm. 2, 2007.

El primer libro ya mencionado de Wilkerson, *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*, aportaba el mismo espíritu de simpatía imaginativa por las vidas de los negros que participaron en la Gran Migración. La obra, una historia oral episódica reconfigurada como un *collage* narrativo de no ficción, fue un gran éxito, comparado favorablemente con *Roots* de Alex Haley, y supuso para Wilkerson la concesión de una National Humanities Medal por la Casa Blanca de Obama. *The Warmth of Other Suns* desplegaba la noción de una sociedad sureña de castas surgida de la esclavitud, basándose en el uso que Myrdal hacía del término en *An American Dilemma*. Aquí, Wilkerson contrastaba el sistema de castas racializado del sur organizado por el modelo de Jim Crow, «tan duro e inflexible como la arcilla roja de Georgia», con las libertades relativas de las rudas ciudades del norte, donde el individualismo inspirado por el espíritu libre de los inmigrantes y de los recién llegados al país, el deseo de lucro y las relaciones culturales y económicas más fluidas militaban en beneficio de los seis millones de estadounidenses negros que hicieron el recorrido, por muy tensas y explotadoras que fueran las condiciones que aún prevalecían allí⁹.

Animada por el éxito del libro, Wilkerson se propuso un proyecto más ambicioso. Su objetivo en *Caste: The Origins of Our Discontents* era «desenterrar las raíces de la jerarquía» para comprender los orígenes, el funcionamiento, la evolución y las consecuencias de lo que ahora denominaba no el sistema de castas sureño, sino el sistema de castas estadounidense. «En mi opinión, la cuestión de la casta constituía la base de todos los demás “ismos”», escribe Wilkerson. Además, añade: «Moviéndome por el mundo como un experimento viviente de las castas, quería entender las jerarquías por las que tenemos que navegar para perseguir nuestro trabajo, nuestros sueños»¹⁰. Wilkerson se basa explícitamente en el trabajo de los antropólogos de la «escuela de las castas» del periodo de entreguerras, en Warner y, especialmente, en Allison Davis —«un académico impecablemente agraciado con la cara esculpida por su mandíbula cuadrada, digna de una estrella de cine», a quien describe en los agradecimientos del libro como su «padre espiritual»¹¹—. En un aspecto, *Caste* representa un paso más allá del trabajo de Davis, Warner y sus colaboradores. Del mismo modo que el líder *dalit* indio Ambedkar

⁹ I. Wilkerson, *Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*, cit., pp. 8, 250-251.

¹⁰ I. Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents*, cit., pp. 28, 171, 27.

¹¹ *Ibid.*, pp. 245, 391.

encontró a W. E. B. Du Bois en 1946 y según se cuenta Martin Luther King se declaró un intocable en su visita a la India en 1959, Wilkerson se embarca en su libro con el deseo de «cruzar los océanos». En lugar de concentrarse únicamente en Estados Unidos pretende ampliar su tesis comparando la situación de los afroamericanos a la de los intocables indios y los judíos europeos: «Las tres principales jerarquías de casta»¹².

Wilkerson define la casta como una «jerarquía social fija», una clasificación del valor humano a partir de la ascendencia o de rasgos inmutables, que asegura la supremacía de determinados grupos sobre otros mediante el uso de límites estrictamente vigilados para mantener a todos ellos en sus respectivas posiciones asignadas¹³. Nuestra autora proyecta esta definición abstracta sobre las poblaciones étnicas que componen la sociedad estadounidense, presentando la concepción liberal predominante de su estatus social relativo como un dato antropológico: los blancos como «dominantes», los asiáticos y los latinos como «castas intermedias» y los afroamericanos situados en la parte inferior de la escala social. A diferencia de Warner y Davis, Wilkerson no describe el sistema de castas estadounidense como un sistema que opera autónomamente y en el que cada casta recompensa y disciplina a sus propios miembros. Por el contrario, siguiendo a Myrdal, considera que este sistema es perpetuado por la masa de «blancos de clase baja», que se hallan motivados por sentimientos de superioridad o miedo a perder su lugar en el mundo. Advierte que quienes consideran que al votar por la derecha racista los trabajadores blancos actúan en contra de sus propios intereses no logran comprender que «mantener el sistema de castas» es su verdadero interés.

Los orígenes del sistema de castas estadounidense se remontan a los primeros colonos de Virginia: «Si pretenden convertir esta jungla, tendrán que conquistar, esclavizar o eliminar a las personas que viven en ella». La explicación de Wilkerson es esencialmente moral: los colonos cayeron presa de la tentación de la «expansión merecida»: «La codicia eclipsó a la conciencia». Para justificar sus planes «readaptaron nociones pre-existentes de su propia centralidad, fortalecidas por su interpretación egoísta de la Biblia, y crearon una jerarquía de quién podía hacer qué, quién podía poseer qué»¹⁴. Los descendientes de los más privilegiados se acostumbraron a la «deferencia inmerecida de los grupos subyugados».

¹² *Ibid.*, pp. 27, 99.

¹³ *Ibid.*, pp. 27, 380, 171, 17, 68.

¹⁴ *Ibid.*, p. 23.

En esta escala de humanidad, los protestantes ingleses se hallaban en la parte superior, con sus armas y recursos, y los cautivos africanos en la posición más baja:

La casta dominante controlaba todos los recursos, controlaba si, cuándo y si, una persona negra comería, dormiría, se reproduciría o viviría. Los colonos crearon una casta de personas que, por definición, serían consideradas estúpidas, porque era ilegal enseñarles a leer o escribir; perezosas para justificar el látigo; inmorales para justificar la violación y las uniones forzadas; criminales, porque los colonos convirtieron la respuesta natural al secuestro, los azotes y la tortura –el impulso humano de defenderse o liberarse– en un crimen si se trataba de una persona negra¹⁵.

El sistema esclavista, escribe Wilkerson, fue impuesto por «los miembros más pobres de la casta dominante, que vincularon su suerte al sistema de castas en lugar de a sus conciencias». El argumento de *Caste: The Origins of Our Discontents* es que esa jerarquía social subyacente es anterior a las nociones de raza. Para Wilkerson, la «raza» se refiere a rasgos físicos a los que se les ha asignado significados arbitrarios: la gente cuyo color es una variante intermedia del pardo, el beis o el marfil es asignada a las categorías de «negro» o «blanco». Sus categorías son fluidas, superficiales, sujetas a redefiniciones periódicas para satisfacer las necesidades de la casta dominante, como sucede con la incorporación del no WASP [blanco, anglosajón, protestante] a la «raza blanca». Las metáforas de Wilkerson comienzan a proliferar a medida que explica que la casta es la gramática que estructura el lenguaje de la raza, «los huesos por debajo de la piel», las vigas y travesaños del hogar nacional, la infraestructura de nuestras subdivisiones, el código inconsciente que mantiene la arquitectura de la jerarquía humana, un sistema operativo para las interacciones económicas y sociales, un ADN cultural, un acomodador sin palabras que nos guía hasta nuestros asientos, un goteo intravenoso en la mente¹⁶.

En el sistema de castas estadounidense, argumenta, el rango generalmente queda marcado por «lo que llamamos raza». Pero aunque se solapan, raza y casta no son sinónimos. La raza es «el señuelo visible», «la herramienta principal», «el representante» para el sistema de castas, que hace su trabajo pesado, o una «señal visual», un «registro histórico», que indica a qué casta se debe asignar a cada estadounidense. El

¹⁵ *Ibid.*, p. 48.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 16-19, 24, 33.

racismo, para Wilkerson, es lo que burla, daña o atribuye inferioridad a partir del «constructo social de la raza»; ella lo considera un continuo, no un absoluto. El castismo pretende mantener a las personas en su lugar, para defender su propia ventaja en la jerarquía. Es «la concesión o negación de respeto, estatus, honor, atención, privilegios, recursos, beneficio de la duda y bondad humana hacia alguien en virtud de su rango o posición percibidos». Aparta así la cuestión de la clase como una condición meramente temporal («si puedes actuar para salir de ella, entonces es clase»)¹⁷.

Aunque Wilkerson presenta *Caste: The Origins of Our Discontents* como una investigación global, el tratamiento de sus ejemplos no estadounidenses es extremadamente sumario. Su exposición de las Leyes de Núremberg omite cualquier consideración de la historia precedente de los judíos europeos o del contexto más amplio para el ascenso del nazismo. En cambio, se concentra en la historia de cómo los investigadores nazis buscaron inspiración en el sistema de Jim Crow para redactar la «ley de la sangre» de Hitler, impresionados por la forma en que Estados Unidos había logrado conservar su reputación internacional pese a su segregación racial (el propio Hitler impuso la regla sureña de ni «una sola gota»)¹⁸. La India también es tratada principalmente como un espejo del modo de vida estadounidense. «Estados Unidos y la India son profundamente diferentes entre sí», nos informa Wilkerson; y sin embargo, «como si operaran con el mismo manual de instrucciones», ambos países adoptaron métodos similares para mantener líneas rígidas de demarcación. Ambos utilizaron la legitimación religiosa: *Caste* establece un paralelo entre la historia de Cam, hijo de Noé, en el Antiguo Testamento y la historia del origen hindú de las *varnas*, las cuatro principales divisiones de casta producidas por el Creador, que sacó a los *brahmanes* de su cabeza, a los *kshatriya* de su brazo, a los *vai-shya* de su muslo y a los *shudra* de sus pies, asignándoles las funciones respectivas de educar, luchar, cultivar y comerciar, y servir a los demás (los intocables quedaban excluidos del texto sagrado)¹⁹. Wilkerson admite que el sistema indio conformado por decenas de miles de subcastas, o *jatis*, cada una de las cuales obligada a guardar celosamente sus mínimos privilegios frente a las familias agrupadas por debajo de ellas, es «infinitamente más elaborado» que el de Estados Unidos, pero opta en su relato por resaltar las similitudes. Del mismo modo que los

¹⁷ *Ibid.*, pp. 18-19, 68-70, 106.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 83-88.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 74-75, 101-103.

afroamericanos trabajaban en los campos de tabaco de Chesapeake, los *dalits* recolectaban algodón en Nandurbar. Los estadounidenses utilizaban las «características físicas para distinguir las castas», mientras que los indios se basaban en los apellidos, los acentos y la ropa. Ambos países prohibieron la discriminación: India en 1948, Estados Unidos en 1964, pero en ambos casos el sistema de castas sigue vigente²⁰.

Wilkerson destaca de esta investigación ocho características que constituyen los «pilares de la casta»: la voluntad de Dios, esto es, la creencia de que la jerarquía social está ordenada por la divinidad; la naturaleza hereditaria de los roles y del rango; la prohibición de los matrimonios mixtos entre las distintas castas; la asociación de los estratos más bajos con la contaminación; la jerarquía ocupacional, que establece una gradación moral entre trabajos «limpios» y «sucios»; la estigmatización y deshumanización de los humildes; la imposición violenta de todo lo anterior; y, finalmente, la creencia de que la superioridad y la inferioridad son innatas²¹. Esta estructura de castas ha persistido, sostiene Wilkerson, por debajo de las diversas formas de relaciones raciales existentes en Estados Unidos (esclavitud, Jim Crow, antidiscriminación), reafirmando en épocas de agitación para retroceder bajo la superficie en tiempos de calma²².

Si la jerarquía de castas estadounidense es tan poderosa, ¿cómo eligió el país a un presidente negro por dos mandatos sucesivos? Wilkerson se entusiasma con las cualidades personales de Obama, una supernova humana, cuyo carisma y oratoria igualaban o superaban a los de cualquier otro presidente; su «esposa formada en Harvard» dotada de tanto poder mediático como su esposo, una telegénica familia del sueño americano y una campaña «meticulosa, casi impecable»²³. Sus antecedentes –madre de casta dominante y padre keniano ausente– estaba libre de «la pesadez de la esclavitud» y no provocaba la misma «incomodidad» que la de la gente negra corriente. Sin embargo, sostiene Wilkerson, Obama ganó a pesar de la oposición de la mayoría blanca: solo el 43 por 100 de los blancos votaron por él en 2008 y el 39 por 100 lo hizo en 2012, aunque eso sería igualmente cierto para todos los candidatos demócratas desde Lyndon B. Johnson en adelante. Después de la humillación de vivir bajo la presidencia de Obama, la reacción de la casta dominante

²⁰ *Ibid.*, pp. 132, 74-75.

²¹ *Ibid.*, pp. 99-104.

²² *Ibid.*, p. 23.

²³ *Ibid.*, p. 311.

fue unirse en apoyo a Trump²⁴. Sumado a esto, Wilkerson tiene muchas historias de su propia fulgurante carrera para mostrar que la casta racial es «algo vivo y que respira»: una estrella de la moda que no quiso hablar con ella cuando llegó para entrevistarle para *The New York Times*, porque esperaba ser entrevistado por alguien de *The New York Times*; un pasajero grosero en un vuelo de primera clase; personas que llaman a la puerta de su casa y, cuando abre, le piden hablar con la señora de la casa; gente blanca en fiestas glamurosas que piden a los invitados negros que les traigan un trago o que, cuando van de compras, indican a los clientes negros o morenos que les traigan un suéter de una talla diferente²⁵.

En opinión de Wilkerson, el estrato inferior no creó el sistema de castas y no puede arreglarlo. Pero si la laxitud moral de los colonos provocó el nacimiento del sistema de castas, la recuperación moral puede señalar el camino para salir de él. Las castas superiores deben tomar conciencia del «reconocimiento ilustrado» del precio de la casta: el peligro que representa para la especie y para el planeta «tener esta enormidad de agravios y descontentos no examinados en la nación más poderosa del mundo». Además, se acerca 2042, la supuesta fecha en la que las «minorías» de color constituirán la mayoría de la población estadounidense. La legitimidad moral del dominio de casta (blanca) se basa en la idea del gobierno de la mayoría, «¿pero seguirá Estados Unidos manteniendo ese principio si la mayoría cambia? Estados Unidos, concluye Wilkerson, puede optar por afianzar aún más sus desigualdades o «elegir liderar el mundo como la nación excepcional que hemos proclamado ser». (Para mostrar cómo podría funcionar esto, Wilkerson ofrece el reconfortante ejemplo de su alianza exitosa con un fontanero blanco, que llegó a arreglar una fuga de agua en el sótano de su casa, a pesar de que tosía, era gordo e iba mal afeitado, olía a tabaco y llevaba una gorra de Make America Great Again!)²⁶.

Al igual que el primer libro de Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents* no es una obra formal ni analíticamente estructurada, sino un *collage* de sermones cortos, vuelos poéticos, filosofemas sociales, síntesis históricas, bocetos periodísticos, anécdotas personales y meditaciones esparcidas a lo largo de más de treinta capítulos desiguales. El resultado es tan conceptualmente flojo como estilísticamente sobrecargado. *Caste* está lleno de pasajes en los que el amontonamiento de

²⁴ *Ibid.*, pp. 314-315, 386

²⁵ *Ibid.*, pp. 60, 70-71.

²⁶ *Ibid.*, pp. 380-382, 370.

metáforas mutuamente contradictorias —«La casta es estructura. La casta es clasificación. La casta son los límites que fortalecen las asignaciones fijas basadas en el aspecto de las personas [...]. Es como una empresa que busca mantenerse a flote a toda costa»— indica la ausencia de una definición robusta y viable para su categoría central. De las nociones de una jerarquía social divinamente sancionada a la práctica de la endogamia y la ideología de la superioridad intrínseca, sus ocho pilares se pueden encontrar en una amplia variedad de entornos ajenos a las castas. Tampoco ofrece nuestra autora ninguna indicación de las relaciones existentes entre esos supuestos pilares o de su importancia relativa en los tres casos diferentes que analiza. Si la ordenación divina es fundamental para el sistema de castas indio, Wilkerson ni siquiera intenta discernirla en la Alemania nazi, donde las políticas raciales afirmaban notoriamente una base científica, mientras que los judíos en Europa tienen una larga historia de asimilación y matrimonios mixtos. Enumerar los diferentes aspectos de la casta no nos dice lo que es. Como los antropólogos de la escuela de las castas, Wilkerson intenta describir las características de la institución de varias maneras: jerarquía, endogamia, roles fijos, pero no las define. Tampoco tiene mucho que decir acerca de su fundamento social: ¿en qué se diferencia la institución de la casta en Estados Unidos, la India, la Alemania nazi o cómo llegaron a existir respectivamente en estos entornos? Hablar de casta y no explicarla tiene el efecto de sugerir que está más allá de la comprensión o bien que, como sucede en el sorprendente capítulo final del libro («El corazón es la última frontera»), solo puede entenderse mediante la amabilidad personal y aupando a Biden a la Casa Blanca²⁷. Como Park, Warner, Davis y Myrdal antes que ella, Wilkerson abraza el valor de choque retórico de la terminología de la casta, que retrata la opresión negra como algo casi inamovible.

Una crítica de izquierda

En este contexto, vale la pena volver a los argumentos del crítico contemporáneo más formidable de la escuela de las castas, Oliver C. Cox, recogidos en su obra maestra de 1948 *Caste, Class and Race: A Study in Social Dynamics*²⁸. Wilkerson descarta el libro como «cascarrabias»

²⁷ No tenemos que recordar aquí el historial de «casta dominante» de Joe Biden, para usar los términos de Wilkerson: autor del proyecto de ley contra el crimen de 1994, que garantizó el auge del «Nuevo Jim Crow» en el encarcelamiento negro, anteriormente había sido un defensor explícito de las escuelas segregadas.

²⁸ Nacido en 1901, el mismo año que el marxista de Trinidad C. L. R. James, Cox viajó a Estados Unidos en 1919, inicialmente para hacerse abogado. Después de

[*cantankerous*], pero nada podría estar más lejos de la verdad²⁹. La crítica de Cox, una obra magistral de casi setecientas páginas, escrita con tremendo aplomo y garbo, cubriendo un rango de civilizaciones que se extiende desde la antigua India hasta la temprana Europa moderna y el Sur profundo de Estados Unidos, contiene muchas lecciones para Wilkerson.

A diferencia de los antropólogos de la escuela de las castas, Cox emprendió un extenso estudio empírico y conceptual del sistema de castas indio, recurriendo en gran medida a los estudios franceses e ingleses. Argumentó que, mientras que las sociedades esclavistas requerían un alto grado de coerción, la sociedad de castas india se mantenía en gran parte mediante el consenso, opinión derivada de la perspectiva optimista de sus fuentes europeas, dado que Cox no estuvo en condiciones de investigar las perspectivas de los intocables en sus propios términos³⁰. Además, su objetivo en *Caste, Class and Race*, como él mismo subrayó, era mostrar que el sistema de castas era una invención cultural india que no tenía un equivalente real en ningún otro sitio. Cox rechazó la noción de que los estadounidenses negros formaran una casta. Atendiendo a la «nueva ortodoxia» de Park, Warner, Davis y Myrdal, se burló de su ofuscación ante las diferencias existentes entre los sistemas de segregación sureños de Jim Crow y el sistema de castas característico de la India: «No es exactamente lo mismo, [pero] es el mismo tipo de fenómeno social», como habían escrito Warner y Davis³¹. O como observó Cox sarcásticamente:

Este animal que tenemos ante nosotros no es un caballo, pero para nuestros propósitos es conveniente llamarlo caballo. Si se examina de cerca, se descubrirá que es un búfalo de agua, pero eso no importa, ya que no lo vamos a utilizar como si fuera un búfalo de agua. Obviamente, no se puede decir que el animal no es un caballo; lo es, en la medida en que tiene cuatro patas; y tener cuatro patas se entiende generalmente como la esencia de todos los caballos y búfalos de agua³².

que un ataque de polio lastimara sus piernas, se dedicó a las ciencias sociales y realizó su doctorado en la Universidad de Chicago en 1938. Enseñó en el Instituto Tuskegee de Alabama desde 1944, trasladándose posteriormente a la Universidad Lincoln, otro centro universitario históricamente negro, en 1949.

²⁹ I. Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents*, cit., pp. 254-255.

³⁰ Oliver Cromwell Cox, *Caste, Class and Race: A Study in Social Dynamics*, Nueva York, 1948, pp. 539, 20.

³¹ W. Lloyd Warner y Allison Davis, «A Comparative Study of American Caste», en Edgar Thompson (ed.), *Race Relations and the Race Problem*, Durham (NC), 1940, p. 232, citado en C. Cox, *Caste, Class and Race: A Study in Social Dynamics*, cit., p. 493.

³² *Ibid.*, p. 493.

El libro de Wilkerson es susceptible de muchas de las mismas críticas formuladas por Cox a los autores de la escuela de las castas que ella cita. Cox atacó la naturaleza *ad hoc* de su procedimiento, consistente en seleccionar funciones compartidas, como sucede con los ocho pilares de Wilkerson, sin demostrar de qué manera definían las características de la casta; una buena forma de demostrar que un búfalo de agua es un caballo.

La incisiva crítica de Cox de la idea de Myrdal –y de Wilkerson– de que los «blancos de clase baja» eran la fuerza motriz de la opresión racista de los negros estadounidenses constituye la esencia de su texto contra la escuela de las castas. Para Cox, la segregación servía a los fines no de una mayoría blanca pobre e ignorante, sino a los de una minoría astutamente práctica. Era el instrumento altamente efectivo y deliberadamente esgrimido de la clase dominante blanca. La opresión de los negros en el Sur estadounidense, escribió, resultaba de «la necesidad inmediata de la clase explotadora blanca de restaurar en la medida de lo posible el control total sobre la oferta de trabajo de la que había disfrutado durante la esclavitud». En ello había tenido éxito, «no por la fuerza de las “costumbres”, sino por mor de una continua y vigorosa campaña de educación antinegra y de la creación de innumerables situaciones desde las que ejercer la violencia extralegal contra los negros o contra blancos que trataran de intervenir en su favor»³³. En cuanto al papel de los blancos pobres en ese sistema, Cox explicaba: «Hoy día es de vital importancia en el Sur que los trabajadores negros y los trabajadores blancos sigan desconfiando los unos de los otros, porque si se les permitiera superar esa distancia y discernir sus intereses comunes como trabajadores, la dificultad de explotarlos aumentaría más allá de todo cálculo». Mientras que los autores de la escuela de las castas prestaban apoyo científico a la creencia de que la división de la sociedad estadounidense por razas podía perdurar para siempre, Cox insistía en que «no había nada más inestable»: el orden social explotador de la clase dominante blanca requería, por lo tanto, una «densa matriz de violencia organizada y no organizada» para sostenerse³⁴.

Un planteamiento alternativo

Para considerar si la categoría de «casta» puede aplicarse de manera significativa a los afroamericanos, se requiere una definición del alcance del término. En vez de indicar un sistema social completo, la casta

³³ *Ibid.*, p. 470.

³⁴ *Ibid.*, pp. 486, 472.

puede utilizarse para denotar grupos que se distinguen como legado de un papel económico tradicional hereditario. Un ejemplo podría ser los *burakumin* de Japón. En la actualidad hay alrededor de tres millones de *burakumin*, muchos de los cuales todavía viven en barrios segregados. Más pobres y menos educados que la media de la población, con frecuencia son discriminados y pocos se pueden casar fuera de su comunidad. Históricamente, su exclusión del conjunto de la sociedad japonesa en la era precapitalista estuvo relacionada con el tipo de ocupaciones tradicionales desempeñadas por ellos como curtidores, carniceros y enterradores, actividades consideradas pecaminosas o impuras por la tradición budista y sintoísta.

En *The Jewish Question: A Marxist Interpretation* (1942), Abraham Leon propuso una categoría alternativa, la de una «clase-pueblo», para definir la situación de los judíos en la Europa feudal, surgida también de sus ocupaciones tradicionales³⁵. Las tesis de Leon estaban en desacuerdo con la sabiduría convencional de que la resistencia mostrada durante siglos por los judíos europeos a su asimilación podría explicarse, en términos idealistas, por su devoción a su religión o a su comunidad étnica. Siguiendo el ejemplo de Marx, Leon hacía hincapié en su papel socioeconómico, pero basándose en Pirenne, Ruppín, Kautsky, Sombart, Weber y Bauer proponía una periodización completamente nueva. Contra la opinión predominante de que la persecución cristiana y el fanatismo de las Cruzadas habían obligado a los judíos a atrincherarse en las finanzas y el comercio, Leon argumentaba que, al igual que los armenios y los griegos, los judíos habían desempeñado durante milenios un papel comercial especializado en todo el Mediterráneo. El periodo de su mayor prosperidad había sido la época feudal, que terminó en el siglo XII en Europa occidental, donde el auge de una clase comerciante nativa bajo el «capitalismo medieval» sirvió para excluir a los judíos del comercio o, allí donde estaban integrados en esa clase en ascenso, para asimilarlos³⁶.

³⁵ Nacido en Varsovia en 1918, Abraham Leon emigró a Bélgica con su familia en 1926 tras una breve estancia en Palestina. Activo como adolescente en la izquierda sionista, a finales de la década de 1930 se acercó al trotskismo, redactando sus tesis sobre la cuestión judía mientras editaba un periódico clandestino y organizaba la resistencia de los trabajadores frente a la ocupación nazi. En 1944 fue detenido en el distrito minero de Charleroi y enviado a Auschwitz. Véase Ernest Mandel, «A Biographical Sketch of Abram Leon (1918-1944)», publicado como epílogo en Abraham Leon, *The Jewish Question: A Marxist Interpretation* [1950], Nueva York, 2020, pp. 291-312.

³⁶ «El judío como gran empresario o accionista de las Compañías de las Indias holandesa o inglesa ya estaba en el umbral del bautismo, un umbral, además, que se cruzaba con la mayor facilidad», *ibid.*, p. 68.

En Europa oriental, argumentaba Abraham, la era precapitalista se extendió durante mucho más tiempo hasta el siglo XVIII. Los judíos jugaron un papel sustancial como comerciantes, taberneros, prestamistas y como mayordomos o administradores de los terratenientes polacos. Aquí, las comunidades autogobernadas de los judíos, que contaban con sus propias escuelas y tribunales, siguieron prosperando sobre la base del mercantilismo precapitalista hasta la crisis del siglo XVIII. Fue por haberse conservado económicamente durante siglos como clase-pueblo por lo que los judíos de Europa oriental mantuvieron sus rasgos religiosos y étnicos, argumentaba Abraham³⁷. El desarrollo tardío de la manufactura industrial-capitalista en el este de Europa socavó a partir de entonces su posición.

El fracaso del nuevo desarrollo capitalista a la hora de absorber la destrucción de la vieja economía, precipitó oleadas sucesivas de emigración. Al mismo tiempo, la clase-pueblo judía se iba diferenciando socialmente, dando lugar a un nuevo proletariado, pero el capitalismo moderno, ya en decadencia, no podía absorberlo. Muchos huyeron a Europa occidental, donde judíos emancipados que habían adoptado profesiones modernas se veían cada vez más sometidos a un antisemitismo novedoso y racializado. El legado de su antigua existencia separada, fortalecido por la llegada de inmigrantes judíos del este empobrecidos, fue aprovechado por las grandes empresas para convertirlos en chivos expiatorios de la angustia de las clases medias, desposeídas por la crisis capitalista y la guerra mundial. «Las masas judías se hallan encajadas entre el yunque del feudalismo en decadencia y el martillo del capitalismo en descomposición», escribió Leon. «Por todas partes abunda el antisemitismo salvaje de las clases medias, que están siendo asfixiadas hasta la muerte por el peso de las contradicciones capitalistas. El gran capital explota este antisemitismo elemental de la pequeña burguesía para movilizar a las masas en torno a la bandera del racismo»³⁸.

El fenómeno de una «clase-pueblo» era bastante común en las sociedades precapitalistas, donde las clases descendían con frecuencia directamente de grupos étnicos conquistadores o conquistados (señores normandos y campesinos sajones, por ejemplo). El término de Leon para los judíos de la Europa feudal podría aplicarse igualmente al pueblo gitano, que en la sociedad feudal estaba formado por artesanos, comerciantes y

³⁷ *Ibid.*, pp. 57-58.

³⁸ *Ibid.*, pp. 69-71.

artistas (intérpretes o ejecutantes) itinerantes. Ellos también cumplían funciones necesarias, aunque marginales, en la Europa precapitalista y tenían sus propios consejos de gobierno, su lengua y su cultura. En la era moderna también ellos se vieron sometidos a persecuciones crónicas y a genocidios. Pero la formulación de Leon no cubriría los muchos grupos presentes en todo el mundo que se definen por un papel económico hereditario y, sin embargo, no pueden ser llamados «pueblos»: los *burakumin*, por ejemplo, o los intocables en India.

La sociedad india en su conjunto está dividida en grupos ocupacionales hereditarios. Por debajo de las castas altas (sacerdotes, terratenientes, comerciantes) hay literalmente miles de castas de artesanos, minuciosamente clasificadas por rango: los carpinteros son superiores a los alfareros, quienes a su vez son superiores a los barberos; los lavaderos están más abajo, pero aún por encima de los parias intocables, o «*dalits*» en el lenguaje educado de hoy. En los pueblos donde viven casi dos tercios de la población, cada casta vive segregada en su propia colonia, dependiendo su estatus de cuán servil o sucio se supone que es su trabajo. Los *dalits* también se dividen en rangos superiores e inferiores. La mayoría son trabajadores agrícolas, pero algunos son carniceros o enterradores o encargados de la limpieza de los sistemas de alcantarillado de otras castas, ocupaciones que les asigna al nacer la casta intocable específica a la que pertenecen. En la India capitalista moderna son menos los que se ganan la vida cumpliendo con su deber de casta: todos los sacerdotes son brahmanes, pero los brahmanes pueden ser médicos, ingenieros, directores ejecutivos de empresas tecnológicas o presidentes del Banco Mundial. Un hombre de la casta de los herreros puede ser maestro, empleado o trabajador ferroviario, pero la gente seguirá conociéndolo como herrero. Si intenta casarse fuera de su casta, especialmente si la mujer es de una casta superior, corre el riesgo de sufrir amenazas y sanciones.

La casta en Estados Unidos

A pesar de sus diferencias obvias, hay muchos ejemplos de grupos aislados a fuerza de cumplir una función económica tradicional basada en divisiones del trabajo heredadas. Podemos utilizar el término «casta» para designar este tipo genérico. En este sentido, las castas son reliquias de la era precapitalista y muchas han desaparecido en el curso del desarrollo capitalista. Los *cagots*, una comunidad intocable de carpinteros

hereditarios presente en el oeste de Francia, fueron asimilados a la población general después de 1789, pero todavía existen otros grupos de castas tradicionales cuya supervivencia no estorba al capital o que pueden proporcionarle alguna ventaja. Los negros en Estados Unidos, como grupo separado por el legado de la esclavitud, claramente podrían entrar en esta categoría. En el contexto estadounidense, los rasgos físicos por los que se identifican generalmente a las personas negras sirven como presunto índice de descendencia de la clase de los esclavos africanos. De hecho, históricamente era muy raro que los esclavos formaran una casta en ese sentido: un grupo hereditario autosuficiente. Ciertamente que el estatus de esclavo era heredado necesariamente de una generación a otra; ninguna sociedad esclavista podría soportar que los niños nacieran automáticamente libres. Además, los esclavos en propiedad casi siempre provenían de poblaciones lejanas y carecían de vínculos de identidad cultural con la sociedad que les rodeaba. A menudo eran pueblos conquistados, que se distinguían por su idioma, etnia o religión. «El esclavo es un forastero», señaló el especialista en historia antigua Moses Finley³⁹. Las clases de los esclavos, como las castas, estaban socialmente aisladas por naturaleza.

Pero era prácticamente desconocido para una clase de esclavos, antigua o moderna, constituir una población estable capaz de autorreproducirse. En general, necesitaba reponerse continuamente con nuevos cautivos. En algunos casos, la pura tasa de explotación impedía que la reproducción tuviera lugar. En otros, allí donde los poderes de los dueños de esclavos o de la administración del Estado eran más limitados, se establecían comunidades de cimarrones más allá del alcance de la ley. Más comúnmente, en condiciones sociales estabilizadas, los esclavos de segunda o tercera generación tenían la posibilidad de obtener su manumisión, obteniendo la oportunidad de ser asimilados a la cultura dominante. La promesa de la libertad se consideraba un incentivo útil para el servicio leal y los amos podían beneficiarse copiosamente cuando a los esclavos se les otorgaba la oportunidad de comprarse a sí mismos.

Prácticamente en todos los casos, excepto en uno⁴⁰. Aquí radica la verdadera peculiaridad de la «institución peculiar» vigente en el sur de Estados Unidos, donde los esclavos servían a sus amos «una generación tras

³⁹ Moses Finley, «Slavery», *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 14, Nueva York, 1968.

⁴⁰ Orlando Patterson, *Slavery and Social Death*, Cambridge (MA), 1982.

otra, durante doce generaciones»⁴¹. Los terratenientes sureños lograron asegurarse una fuerza de trabajo esclava que se reproducía a sí misma mediante una confluencia única de factores. Uno de ellos era la constante afluencia de colonos europeos capaces de proporcionar otras formas de trabajo. Ninguna sociedad está formada únicamente por amos y esclavos; como dijo el antropólogo de la Universidad de Columbia Marvin Harris, los plantadores necesitaban «un grupo intermedio» –capataces, milicianos, artesanos, pequeños comerciantes– «para interponerse entre ellos y los esclavos». En gran parte de América Latina, donde los colonizadores europeos seguían siendo un estrato superior muy reducido –en Brasil las autoridades coloniales se opusieron activamente al asentamiento de europeos no portugueses–, una gran población racialmente mixta proporcionaba esa capa intermedia⁴². Únicas en el Nuevo Mundo, las colonias inglesas de Norteamérica lograron obtener una creciente mayoría blanca para desempeñar estas funciones: un equilibrio demográfico que permitiría a los dueños de esclavos mantener tasas de manumisión excepcionalmente bajas y tasas de recaptura de los esclavos huidos excepcionalmente altas.

Aislamiento construido

Pero para mantener esclavizada a una parte de la población nacida en Estados Unidos, se requerían medidas para consolidar su condición de forasteros perpetuos: constituirlos como una casta. A lo largo del siglo XVII, los procesos de conquista y colonización avanzaron lentamente a través de Chesapeake, Nueva Inglaterra y el sur de las tierras bajas a caballo del aumento del cultivo de tabaco y otros cultivos comerciales, el establecimiento de grandes latifundios, la llegada de colonos con capital propio, así como la importación de esclavos africanos a través de las Indias Occidentales y de mano de obra servil contratada en Europa. A lo largo de este proceso, una minoría de negros libres, algunos de los cuales también poseían esclavos, adquirió tierras y reconocimiento legal. Para los nuevos propietarios de plantaciones, esta situación constituía una amenaza: los negros libres y educados eran aliados y defensores potenciales de la creciente población de esclavos africanos, como iba a mostrar la revolución en Santo Domingo. Igualmente alarmante era la perspectiva de la población blanca pobre, inicialmente compuesta por un gran contingente de trabajadores sometidos a condiciones de servidumbre, que podían reconocer intereses de clase comunes con los esclavos.

⁴¹ I. Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents*, cit., p. 23.

⁴² Marvin Harris, *Patterns of Race in the Americas* [1964], Nueva York, 1974.

La pesadilla de la clase dominante de que las clases populares blancas y negras se unieran en una lucha común amenazó por un momento con convertirse en realidad en 1676, cuando se produjo el levantamiento liderado por Nathaniel Bacon contra el gobernador colonial de Virginia. Bacon era hijo de un terrateniente inglés, recién llegado a la colonia, que había comprado dos plantaciones fronterizas y que apoyaba la agitación en pro de una estrategia más agresiva contra las tribus de los nativos americanos de la región. Tras reunir una milicia popular interclasista e interracial contra el corrupto gobernador septuagenario, William Berkeley, Bacon exigió la «extirpación» de los indios y lanzó un ataque sin cuartel contra la cercana tribu Pamunkey. Cuando Berkeley movilizó las fuerzas de la colonia contra él, Bacon y sus seguidores quemaron Jamestown hasta los cimientos. Aunque la rebelión se desvaneció, las autoridades coloniales se pusieron sobre aviso. Posteriormente, el derecho de voto se ampliaría a todos los varones blancos, vinculándolos políticamente a la elite de Virginia.

A finales del siglo XVII, la clase de los plantadores de Virginia y Maryland hizo aprobar una serie de leyes para prohibir a la población negra —esclava o libre— casarse con la población blanca. El objetivo era evitar que se formaran vínculos legítimos de parentesco dentro de la sociedad colonial, ganando una influencia que cabría usar en beneficio de los esclavos. Para privarlos de la posibilidad de contraer matrimonio, la población negra debía mantenerse aislada del resto de la población. Durante las siguientes décadas se impusieron nuevas inhabilitaciones civiles a las personas negras libres, incluida la carga de la prueba cuando su libertad era cuestionada. Tanto por la ley como por costumbre, la esclavitud individual se convirtió en la presunta condición de cualquier estadounidense de ascendencia africana⁴³.

Las restricciones a los negros libres fueron acompañadas de la aprobación de crecientes obstáculos legales a la manumisión: a mediados del siglo XIX en la mayoría de los estados la emancipación de un esclavo requería un acto legislativo especial, lo que ayudaba a asegurar una clase esclava estable y en aumento natural después de que hubiera terminado el negocio de la trata a través del Atlántico. La segregación de los negros libres distinguió netamente al sistema estadounidense. En ninguna otra sociedad esclavista quedaban los descendientes de libertos perpetuamente apartados del conjunto de la sociedad. En Brasil y en otros

⁴³ Wilbert E. Moore, *American Negro Slavery and Abolition*, Nueva York, 1971.

lugares del Nuevo Mundo los esclavos manumitidos se casaban típicamente con miembros de las clases bajas, que durante mucho tiempo se habían mezclado racialmente. Sus descendientes serían asimilados al cabo de unas pocas generaciones. La esclavitud negra dejó en Brasil un legado de pobreza y opresión social que persiste hasta el día de hoy, pero no una línea de color rígida. El matrimonio entre familias que ya llevaban proporciones variables de sangre europea, africana e indígena eran la norma⁴⁴.

La casta implica pertenencia heredada a un grupo social determinado. Los criterios para pertenecer a tal grupo deben ser rigurosos y bien definidos: blanco y negro, por decirlo así. Pero la gente desciende de todos sus antepasados; en los casos de herencia mixta –en el contexto estadounidense, por lo general el resultado de una violación, no de un matrimonio mixto– la pertenencia a una casta requería una regla. Fue suministrada por el notorio principio de «ni una gota de sangre»: cualquier rastro de ascendencia africana definía a una persona como negra. Sin embargo, la apariencia no era la base de la pertenencia a una casta; era simplemente una indicación aceptada de ella. Eso es lo que quería decir Frederick Douglass cuando escribió: «Somos entonces un pueblo perseguido, no porque seamos de color, sino simplemente porque ese color ha estado asociado durante una larga serie de años en la mente de la gente con la degradación de la esclavitud y la servidumbre»⁴⁵.

Los costes de la división

La concepción materialista de la casta defendida en este artículo pretende de alguna forma aclarar la naturaleza especial de la opresión afroamericana. Debemos señalar, en primer lugar, que llamar casta a los negros estadounidenses no tiene por qué implicar que los blancos también conformen una, como dice Wilkerson. Como los *burakumin* japoneses y otros grupos parias al margen de las sociedades de castas del sur de Asia, el argumento postula que los estadounidenses negros forman un grupo externo separado del resto de la población. Wilkerson también se equivoca al referirse a los latinos y a los asiáticos como «castas intermedias». Las castas no se definen por su etnia, nacionalidad, religión, condición

⁴⁴ William McKee Evans, *Open Wound: The Long View of Race in America*, Urbana (IL) y Chicago, 2009.

⁴⁵ Frederick Douglass, citado en Michael Goldfield, *The Colour of Politics: Race and the Mainspring of American Politics*, Nueva York, 1997, p. 92.

inmigrante, descendencia de un pueblo colonizado o indígena o categorías racializadas. La cuestión no es meramente semántica. Dado que la opresión de casta se remonta a la era premoderna y se desarrolla a partir de la exclusión del grupo respecto a todos los aspectos de la vida en común, tiende a ser más virulenta y generalizada que otras divisiones sociales. Es un error ignorar este hecho amalgamando a los negros con otras minorías no blancas como «gente de color», como lo demuestra la discordia actual sobre las políticas de admisión en escuelas exclusivas.

La diferencia puede constatare en las tasas de matrimonios interraciales. Los inmigrantes procedentes del sur de Asia, cuya piel puede ser más oscura que la de muchos negros, sufren su cuota de abuso racista y de chovinismo antiinmigrante, pero no se enfrentan al mismo grado de ostracismo que los afroamericanos. De acuerdo con el Censo estadounidense de 2010, la tasa de matrimonios mixtos de los primeros con personas blancas en el caso de que ambos cónyuges hayan crecido en Estados Unidos es del 31 por 100 para los hombres y del 36 por 100 para las mujeres frente a una tasa de apenas el 8 por 100 para los matrimonios mixtos entre personas negras y blancas. El concepto de una casta formada en el crisol del sistema esclavista estadounidense también ayuda a explicar por qué los inmigrantes africanos y caribeños recientes pueden escapar en cierta medida al estatus de los negros nacidos en Estados Unidos. Wilkerson interpreta el fenómeno como una artimaña para «mantener divididos a los de abajo»⁴⁶. Pero si el carácter específico de la opresión negra se basa en supuestos vínculos ancestrales con una clase de esclavos histórica, entonces la explicación es más sencilla: los inmigrantes africanos no descienden de esclavos atlánticos; puede que los migrantes del Caribe sí, pero no formaban parte del sistema estadounidense.

La opresión de los negros, como legado de la esclavitud privada, tiene profundas raíces en la historia estadounidense. Ningún otro grupo ha sido tan continuada y severamente aislado y al mismo tiempo tan despiadadamente explotado, habiendo sido el trabajo negro fundamental para la producción de riqueza en este país. Mantener dividida a la clase trabajadora, multiétnica y multirracial, y en particular prolongar la opresión especial de los negros, ha servido durante mucho tiempo como baluarte contra una lucha de clases integrada en Estados Unidos. La diminuta clase explotadora blanca, compuesta por los pocos miles de familias que controlan la riqueza productiva de la nación, ha construido y fomentado

⁴⁶ I. Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontents*, cit., p. 242.

activamente la línea de color mediante la política gubernamental, la policía, los tribunales, las prisiones y los medios de comunicación, todos los cuales están en sus manos. Su éxito puede medirse por el hecho de que Estados Unidos sea prácticamente el único entre los países avanzados en el que nunca ha habido un partido obrero de masas. Ayuda a explicar por qué los estadounidenses carecen de servicios públicos básicos que se dan por sentados en otros lugares. De hecho, ayuda a explicar por qué los vastos recursos de este país, producto de siglos de trabajo de esclavos y trabajadores asalariados por igual, siguen siendo propiedad de unos pocos. A pesar de las protestas militantes de la última década, la lucha por los derechos de los negros sigue estancada en este periodo de profunda reacción. La demanda de la liberación negra ha sido reemplazada por el eslogan defensivo «Black Lives Matter» y la llamada a la integración ha sido suplantada por peticiones de «diversidad», es decir, por soluciones simbólicas.

El resurgimiento por parte de Wilkerson de la terminología de la casta, en el sentido metafísico en el que ella la usa, refleja ese pesimismo liberal. Si la culpable no es la minoría dominante, sino la mayoría blanca, poco puede hacerse. En Estados Unidos hay gente blanca privilegiada, pero el «privilegio blanco» como tal es un mito. Los trabajadores negros, sin duda, están doblemente oprimidos, como negros y como trabajadores. En el lugar de trabajo suelen ser los más precarios y hacer los trabajos más duros. Fuera del trabajo, la segregación racista los hace vulnerables a la represión y al abuso. Sin embargo, no cuenta como «privilegio» el hecho de no estar especialmente oprimido, como si la condición de los más pisoteados fuera una norma social prevaleciente de la que es moralmente reprochable escapar. Esa postura solo sirve al objetivo de los explotadores, como diría Cox, que pretenden que los trabajadores blancos y negros sigan «mirándose con recelo unos a otros».

La narración de Wilkerson no ofrece espacio para los episodios en los que los blancos han luchado junto a los negros por sus intereses comunes. Apenas menciona la Guerra Civil y la Reconstrucción. No aborda el movimiento populista sureño (el People's Party de finales del siglo XIX) en el que pequeños agricultores blancos y negros se unieron para defenderse de los grandes plantadores y los intereses financieros de los estados del Norte, ni tampoco nombra la lucha de clases integrada que fundó el movimiento obrero durante las décadas de 1930 y 1940. En realidad, los trabajadores blancos no tienen ningún interés en el sistema de

explotación que la opresión negra pretende mantener. Como comenta un minero negro ante la diversión mostrada por sus compañeros de trabajo blancos en el documental *Harlan County USA*, todos salen de la mina de carbón con el mismo color. *Contra* Wilkerson, «mantener el sistema de castas como siempre ha sido» va en contra de los intereses a largo plazo de los trabajadores blancos. Baja sus salarios, degrada su calidad de vida, los desarma políticamente. El hecho de que los beneficios que podrían obtener los trabajadores blancos si apoyaran activamente la igualdad social y económica de la población negra no sean necesariamente inmediatos permite al capital enfrentar a un grupo contra otro. Pero la base para una causa común es real.